

La Moda: Un Fenómeno Cultural

El Traje. Transformaciones de una Segunda Piel

Isabel Cruz de Amenábar. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1996, 247 páginas.

por Julio Retamal Favereau

ESTE libro es interesante y válido en primer lugar, por lo novedoso del tema. Las modas y costumbres vestimentarias no suelen ser objeto de mucho estudio. En segundo lugar, por la forma profunda y bastante exhaustiva que utilizó la autora para desarrollarlo. Y, por último, por las importantes conclusiones que se sacan del análisis.

La historiografía actual se inclina por temas como las costumbres, las mentalidades, las creencias, la vida cotidiana, como manera de completar la visión de una historia parameca: política, militar o económica, descarnada y vacía de toda latencia de vida. Por fin se ha comprendido que tras los hechos relevantes que dan la pauta histórica hay seres humanos que tienen otras dimensiones, más íntimas, más personales, más privadas, pero que inciden —y a menudo, con fuerza— en las grandes decisiones. Desde las creencias religiosas hasta los males físicos o enfermedades, pasando por los usos y costumbres familiares, las tendencias psicológicas, los gustos y las fobias, son muchos los factores que afectan al ser humano en su vida y en su proyección histórica. El traje y la moda que lo impone pertenecen a esta clase de elementos tal vez menos relevantes, pero sí muy significativos. La moda es parte del fr四星ento de la cultura y viene a ser también "un factor de dinamismo social y cultural, un motor del cambio", como sostiene la investigadora.

Isabel Cruz consultó un buen número de fuentes manuscritas, principalmente testamentos y cartas dotalas o particiones, en que se detallan los trajes, calzado y adornos de la vestimenta tanto masculina como femenina de los siglos estudiados. Además, ha realizado un minucioso análisis de la iconografía de la época —muy poco abundante, por desgracia— y ha utilizado estudios sobre el tema publicados en diversos países, incluyendo Chile. De todo ello ha salido una obra maciza en su contenido y ágil en su descripción.

La autora ha dividido tres etapas en el traje usado en Chile, entre 1650 y 1820. La primera, que va de 1650 a 1750, se refiere al ropaje barroco y lo describe como una "metáfora del cuerpo". Sostiene que España, por su preponderancia política que se extingue, grosso modo, de 1500 a 1650, impone la moda en el resto de Europa y en sus recientes dominios, lo cual

tes por más de un siglo. Como dice Isabel Cruz, el cuerpo humano no fue sustento del traje, realzando sus formas naturales, sino que fue oculto por éste y terminó identificándose con él. La primera piel cedió la preeminencia a la segunda piel.

En Chile esto tomó la forma de una "estética del ocultamiento". Afortunadamente, no se llegó tan lejos como en la corte española, en donde la proverbial frase: "La Reina de España non tiene piernas", hizo temblar de pavor a una princesa gala, destinada a ser consorte del monarca español, por cuanto creyó que habían de amputarle las piernas. De lo que se trataba, por supuesto, era de impedir que si tan alto se elevaban las extremidades inferiores de la reina bajo el peso de vestido. Como dice la autora, se usaron géneros densos, opacos, lisos, que confirieron una apariencia de "lojo rígido" a los personajes encorbinados.

El segundo período de que trata el libro, «El traje como señal de identidad», abarca la segunda parte del siglo XVIII. Aquí resurgió el cuerpo, pero artificialmente presentado por lo que Isabel Cruz llama "la ortopedia" del Rococó, particularmente el francés. El vestuario femenino se alivió, pero se envió en tiesos corsés y se abacoó con los marileques, agregándose pesados moquillajes y adornos santosos. Por otra parte, el traje masculino se "afeminó". Sin embargo, lo más interesante resulta el hecho de que en este período el traje en Chile, tanto de hombres como de mujeres, se diferenció bastante del usado en Europa. Por un

lado, subsistieron elementos autóctonos y, por otro, se desarrollaron penadas autóctonas. Como ejemplos tomamos el poncho en las varones y las falda cortas —a menudo apenas cubriendo las rodillas— y muy arampanadas en las damas.

El tercer y último capítulo de esta obra se titula «La moda neoclásica como signo de renovación y culbre, a grandes rasgos, los primeros veinte años del siglo XIX.

Son de sobra conocidos los cambios en la moda que introdujo la Revolución Francesa, pero que habían sido precedidos por los gustos ingleses, por las tendencias románticas de "vuelta a la naturaleza", y hasta por las dmas de la corte de María Antonieta. Vuelta a la simplicidad, abandono del artificio, revalorización del cuerpo y exhibición abierta del mismo, particularmente en las damas, dieron el tono. La moda ya no la dictará la nobleza, sino la burguesía, gran transformadora de los tratos políticos de la época.

Pero tal vez lo más importante que destaca la autora en este período es el hecho de que la moda precedió a las ideas, en sus afanes innovadores y liberadores. Es posible discutir esta afirmación, pero constituye, sin duda, uno de los aciertos más originales de la obra.



444-05-04-1997

444-0732

El Mercurio - Supl.

La moda, un fenómeno cultural [artículo] Julio Retamal Favereau.

Libros y documentos

AUTORÍA

Retamal Favereau, Julio, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La moda, un fenómeno cultural [artículo] Julio Retamal Favereau.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile